

servicio extraordinario y un nuevo esfuerzo al apurado país. Parrino, autor de mucha nota, que refiere menudamente estos sucesos, y después de él el historiador Giannone dicen que apeló al parlamento para esta exigencia. Pero documentos fehacientes de aquel tiempo, que hemos podido examinar, demuestran claramente que no fué al parlamento del reino (que hacía tres años no se convocaba), sino a los sediles de la ciudad de Nápoles, a quienes se dirigió el Virey en aquella ocasión. Y consta que les pidió fuese su decisión extensiva a todo el reino, a lo que se negaron constantemente, manifestando que sus facultades no pasaban de los muros de la ciudad. Se les pidió pues un millón de escudos de donativo ó servicio extraordinario; y aunque algunos sediles, y particularmente el de Capuana, se negaron a concederlo, demostrando la imposibilidad de recaudarlo y el disgusto peligroso que iba a producir en la población, los ruegos, las negociaciones y las amenazas consiguieron al cabo que los sediles se pusieran de acuerdo y concedieran los recursos que la autoridad exigía.

Pasóse en seguida á discutir qué nuevos arbitrios podrían establecerse para cubrir el millón de escudos acordado; y se ocurrió en malhora un impuesto sobre el consumo de frutas, sin recordar que establecido ya en tiempo del conde de Benavente había sido causa de continuos tumultos, y que su abolición fué una de las principales de la popularidad del último duque de Osuna. Grande oposición hicieron los sediles todos á semejante arbitrio, que ciertamente era el más pesado para la masa inmensa de gente pobre y menesterosa que poblaba la ciudad (1); pues recargar el consumo de la fruta, que era su alimento y regalo, como lo es el de todos los pueblos meridionales en tiempo de verano, era encarecerla y ponerla por lo tanto fuera de su alcance, privándole de la única subsistencia que podía tener en aquella estación. No dejaron de hacerse valer con energía estas razones, pero apretados de nuevo los electos y diputados, accedieron con despecho á que la terrible gabela se estableciese, y tal vez por aventurarlo todo para ver si salía de un modo ó de otro del atolladero.

Apénas se anunció con bando público el día 1.º de enero de 1647 la nueva imposición, se notó el descontento general y el abatimiento sombrío y la peligrosa aflicción de las clases menesterosas. Y á medida que se acercaba la estación en que iba á ser más sensible su efecto, se multiplicaban las representaciones por escrito y de palabra dirigidas al Virey, para que no se llevase á cabo tan desastroso disposición; se llenaban las esquinas de pasquines y de protestas, y acosaban á todas horas á las autoridades anónimas, ya con ruegos, ya con reflexiones, ya con amenazas. No se hablaba de otra cosa en la ciudad. Todos presagaban grandes desventuras. Y una mañana, á mediados de abril, que fué el duque de Arcos á la iglesia del Carmen, circundó su carroza el populacho, reverente aún, y le pidió que aboliera la gabela con que los iba á matar de hambre, expresándose más que en gritos en dolorosos clamores. Y á poco de completamente establecida, amaneció reducida á cenizas, sin que se supiese quién la había incendiado, una casilla de madera construida en el mercado para residencia de los recaudadores.

Tantos y tan grandes apuros y embarazos como apretaban por todos lados al Virey; no le distrajeran de sus aprestos de defensa para la seguridad del reino. Siguió fortificando las costas, levantando gente de guerra, armando naves y aprestando galeras. Los franceses por su parte tampoco desistían de su intento, y avisados de cuanto ocurría en Nápoles, quisieron dar el ataque ántes que estuviese organizada la defensa. Reunieron, pues, las fuerzas navales que tenían diseminadas en Piombino, Portolongone y otros puntos, y el día 1.º de abril aparecieron dentro del golfo de Nápoles, con cinco gruesas naves muy bien pertrechadas y dos brulotes. Su intento era sorprender y quemar el arsenal, y apresaron de paso á vista de la ciudad algunos barcos pescadores. Gran confusión y trastorno causó en ella esta aparición, y divididos los ánimos entre esperanzas y temores, era general el desconcierto. El duque, acudiendo al mayor riesgo, mandó salir al encuentro del enemigo las naves que estaban listas, y las que con presura se pudieron armar, tripuladas en gran parte por la nobleza napolitana, que se brindó leal y valerosa á tan importante servicio (2). Una repentina calma inutilizó toda maniobra é impidió el combate, cuyo éxito favorable á los españoles no hubiera sido dudoso. Y aquella noche, aprovechando la oscuridad y el viento fresco que saltó de tierra, se retiraron prudentemente los franceses á sus guaridas. Encontrándose al amanecer sin enemigos, volvieron á fondar los bajeles españoles, y á sosegar los ánimos de la población.

(1) De Santis. — Capecelatro, MS. — Raphael de Turris, *Disidentisdescentis receptaque Neapolis*. — Baldacchini, *Storia napoletana dell' anno 1647*.
(2) Parrino. — Raphael de Turris.

A los pocos días, cuando se preparaban algunas galeras para llevar á España parte del producto del nuevo servicio, se voló á las tres de la madrugada del 12 de mayo, y sin que se supiese ni á un sospechase cómo, la capitana, con más de cuatrocientos hombres, y teniendo á bordo el dinero público y además las riquezas, Dios sabe cómo adquiridas, de varias personas, que previendo grandes trastornos trataban de ponerlas en salvo. Este incidente, en que el acaso ó la traición hizo en parte lo que habían intentado en vano los franceses, afligió á unos, alegró á otros y alarmó á todos, como presagio de grandes desventuras (3).

CAPITULO IV

Llegada la estación calurosa, en que se conoció todo el peso de la nueva gabela, creció por puntos el desasosiego popular, y se iban convirtiendo los ruegos en amenazas. El Virey, dudoso entre retroceder aboliéndola ó mantener con energía lo dispuesto, andaba vacilante y discursivo, y sin tomar ninguna resolución. Por momentos crecía el apuro, y viéndose estrechado ya de cerca, aconsejándose con un tal Cornelio Spinola, genovés establecido de muchos años en Nápoles, hombre de negocios y muy enterado de los intereses públicos, y con el padre Estéban Pepé, muy estimado del pueblo, y á quien habían hecho en el confesionario importantes revelaciones de próximos alborotos, resolvió abolir la imposición; pero en lugar de hacerlo inmediatamente, con lo que hubiera conjurado la tempestad, quiso buscar ántes otro arbitrio que sustituirle. Reunió para ello el consejo lateral, con asistencia de las autoridades, nobles, arrendatarios de los impuestos y personas más influyentes en los sediles, para tratar de esta materia detenidamente y perdiendo un tiempo precioso.

Euredada la discusión, todo era tropezar con dificultades é inconvenientes, y confundir, como siempre acontece, en posposos é inútiles discursos, en apasionadas peroratas y en largos é incoherentes razonamientos, el asunto claro y urgentísimo que una pronta resolución requería. Los interesados en el arriendo de la gabela, que ya habían hecho su anticipo, que tenían ya tomadas sus medidas y nombrados los comisionados para exigirla, ciegos por el interés no veían más que sus cálculos defraudados si se les sustituía otro arbitrio de más larga y difícil recaudación, é insistían tenaces en que se sostuviese lo dispuesto. El visitador general del reino D. Juan Chacon, persuadido (dice el conde de Módena, contemporáneo y no muy amigo de los españoles) por su mujer, á quien había regalado quince mil ducados Carlos Spinelli, uno de los arrendadores, tomó la parte de éstos con sumo calor y exhortó al Virey á que sostuviera su autoridad, castigando rigurosamente á los que se atrevían á exigir de ella inoportunas concesiones. Y muchos de los nobles concurrentes, á quienes en nada afectaba la fatal contribución, hablaron en el mismo sentido, deseosos sin duda de mostrarse ardientes defensores de la dignidad real (4). Pero otras personas de la junta, más sensatas ó menos interesadas en el negocio que se debatía, opinaron más prudentemente y manifestaron con gran copia de poderosas razones, que era necesario atemperarse á las circunstancias y hacerse cargo de la justicia con que el pueblo reclamaba la abolición de un gravamen odioso, que le encarecía su sustento; que el disgusto general, y mucho más cuando está fundado, no debe mirarse con tanto desden; y que en el estado de irritación en que se hallaban los ánimos, era forzoso ceder algún tanto para no dar vida á una conmoción popular, que acaso no se podría sosegar muy fácilmente. Entre estos encontrados pareceres nada resolvió el duque de Arcos sino una nueva dilación. Esta fué que se reunieran inmediatamente los sediles, para buscar un arbitrio que sustituir al impuesto sobre el consumo de la fruta. Reunióse pues el cuerpo municipal, y después de largas y prolijas discusiones, tampoco tomó resolución definitiva. Todo era retardos, peligros, idas, venidas, mensajes, consultas y confusión.

Entre tanto, las noticias desfiguradas de lo que en estas reuniones se decía, aumentaban la ansiedad pública y la indignación contra los arrendadores de la gabela, contra los empleados y contra los nobles que la defendían; y no ganaba nada la reputación del Virey, cuya perplejidad, como indicio de flaqueza, aumentaba los brios de la multitud, entre la que no faltaban quienes sembrasen la feconda idea de que no había más remedio que romper en abierta insurrección. Los síntomas de que esta calamidad se aproximaba llegaron á los pocos días á ser tan patentes que el Duque mandó, por todo remedio, que no se celebrara aquel año la fiesta de San Juan Bautista, como era uso en la ciudad, para evitar la reunión del pueblo, que era grande en aquella función: medida de mera debilidad, impotente para evitar la concur-

(3) Giannone, *Storia civile del regno di Napoli*.
(4) Raphael de Turris.

rencia, y muy á propósito para alterar los ánimos, dar nuevo pábulo á la inquietud y animar á los agitadores.

No se concibe cómo un hombre con fama de carácter duro y tenaz, acostumbrado á mandos de importancia, á graves negocios, y endurecido en situaciones difíciles y arriesgadas, mostró entonces tanta irresolución ó tan estúpida indiferencia, viendo claramente que se le hundía el terreno debajo de los pies, y que se desplomaba sobre su cabeza el cielo que lo cubría. O no dió importancia al descontento del pueblo, fiado en la mala inteligencia que entre éste y la nobleza reinaba, y en que por lo tanto no encontraría cabeza entendida que lo dirigiese; ó confiado en sus cortas fuerzas, que en verdad eran escasísimas, quiso dejar aparecer el motín para escarmentarlo; ó desdén completamente á los mal contenidos, como gente toda miserable y de ninguna valía. Pero el resultado mostró muy pronto cuánto se engañan los gobernantes que creen pueden faltar caudillos de provecho á las masas sublevadas; que dejan tomar cuerpo á los motines con la esperanza de vencerlos; y que desprecian los clamores de la plebe en los países en que hay encontrados intereses, agravios que vengar y falta del necesario sustento.

Como para hacer más crítica y peligrosa la situación, llegó por entonces la noticia de que en la vecina Sicilia un levantamiento popular acababa de obligar al virey, marqués de los Vélez, á abolir completamente los impuestos y gabelas, y á conceder en seguida el más amplio perdón á los amotinados: suceso de funesto ejemplo para Nápoles, donde fué aplaudido con entusiasmo (5).

Amontonados estaban ya los combustibles y prontos á arder, sólo faltaba la chispa que los incendiase. Inevitable era ya la sublevación, sólo le faltaba caudillo bastante osado que diese el primer grito y se pusiese á su cabeza. La chispa saltó de un impensado y vulgar acontecimiento, que vamos pronto á referir. El caudillo se presentó en donde menos se podía esperar.

Entre los que más atención habían prestado á las instigaciones y discursos de los sublevadores, y entre los que más se había manifestado el descontento del pueblo con expresiones violentas y con dolorosas exclamaciones, sobresalía un joven de lo ínfimo del populacho, que ganaba su mísera existencia vendiendo por las calles de la ciudad, en una banasta, pescado, que le confiaban los regatones de la pescadería, ó que él mismo compraba á vil precio en las playas á los pescadores. Este ente tan humilde y despreciable era el destinado por la Providencia para ser dentro de pocos días el ídolo del reino de Nápoles y para ejercer en él un dominio más absoluto que el que ha ejercido hasta ahora ningún monarca de la tierra. Era el famoso Tomás Aniello de Amalfi, á quien el vulgo por abreviación común llamaba Masanielo, nombre con que, adquiriendo tanta fama, es conocido en el mundo, y pasará á la posteridad más remota en las páginas de la historia y en los cantos de la poesía. Por su segundo apellido lo han creído algunos natural de la célebre y decayida ciudad de Amalfi; pero su fe de bautismo, que tenemos á la vista, no deja duda de que nació en Nápoles, en 1620, en el barrio llamado de Lavinaro, donde habitaba la parte más pobre y mísera de la población sin que esto contradiga el que pudiese ser originario de aquella costa.

Masanielo, pues, tenía veintisiete años de edad, aspecto agradable, ojos negros y de melancólica mirada, tez curtiada por la intemperie, proporcionadas facciones, cabellos rubios y ensortijados. Los andrajos que formaban su ligero vestido á la marinera eran limpios y arreglados de una manera original y fantástica. Tenía mediana estatura, gran agilidad, explicación fácil, aunque ignorantísimo, pensamientos elevados y generosa condición (6). Habitaba en la plaza del Mercado, donde se amontona y hierve la plebe de la población Nápoles, y en la pared exterior de su pobre casucha (que ya no existe) estaban por acaso pintados de antiguo el escudo de armas de Carlos V y un victor á aquel emperador; circunstancia de poca monta, pero que tal vez le hizo grata la memoria de aquel soberano, y le inspiró el deseo de restablecer los privilegios, que le dijeron había concedido á la ciudad (7); como también pudo contribuir á exaltar su fantasía, inspirándole el ansia de figurar en un tumulto, el que otro Tomás Aniello, de las costas de Sorrento, hubiera sido uno de los jefes del pueblo en la famosa rebelión contra el establecimiento del Santo Oficio, que tuvo lugar, como dejamos apuntado, en el vecindario de don Pedro de Toledo.

Era Masanielo casado con una joven de Puzzoli, hermosa, y á quien amaba con extremo; aunque algún diligente investigador de aquellos extraordinarios sucesos, y cuya erudición nos ha sido muy

(5) Raphael de Turris.

(6) Baldacchini.

(7) Giraffi, *Le rivoluzioni di Napoli*.

útil en este trabajo (1), haya averiguado que no lo merecía mucho, por ser su conducta muy poco arreglada. Y acaso el cariño á la mujer fué el que inflamó al marido para la empresa que acometió. Dicen pues varios autores que de las cosas de aquel tiempo han escrito, y se lee en el MS. de Capecelatro, que pocos meses ántes de la época á que hemos llegado, la mujer de Masanielo quiso introducir en la ciudad, sin pagar derechos, una porción de harina acomodada en un envoltorio, figurando un niño de pecho, que llevaba en brazos; y que descubierta el fraude, fué maltratada por los guardas y conducida á la cárcel, hasta que pagase la multa exorbitante que le impusieron; que afigido Masanielo malbarató su pobre ajuar, y con su importe, y la ayuda y miseros socorros de sus vecinos y amigos pagó la multa y recobró á su mujer, jurando empeño vengarla, y concibiendo desde entonces un odio implacable contra as gabelas y contra sus exatores.

El fué, como confesó después, el que había con tanto sigilo quemado la casilla del mercado pocos meses ántes, y él era el que ya acaloraba pública y descaradamente una sublevación.

Había costumbre el día de la Virgen del Carmen de levantar en la plaza delante de la iglesia un castillejo de madera, que defendido por una tropa de mozalbetes vestida á la turquesa, y asaltado por otra con distinto traje, servía de espectáculo al populacho. En los últimos días de junio se reunían estas tropas de pilluelos, nombraban su cabo y se ejercitaban á su manera, recorriendo en ridículo alarde las calles y plazas de la ciudad. Aquel año (1647) una eligió por caudillo á un mozo muy atrevido, llamado el Pione, y la otra á Masanielo, origen harto humilde de su gigantesco poder. Viéndose jefe de aquella cuadrilla, acrecentó su tropa con los mozos más perdidos de su barrio, los armó de cañas y de palitroques, comprados con veinte carlines que le dió el cocinero del convento del Carmen, y les enseñó á gritar: ¡Fuera la gabela, viva Dios, viva el rey, viva la abundancia! (2) A la cabeza de ellos, tremolando una bandera de papel de colores, y repitiendo estas voces, recorría los barrios más populosos en confuso tropel, sin que nadie lo atajara, y causando risa y desprecio general la ridicula comparsa y sus alaridos. Pero animado con la tolerancia de los que debían haberle contenido y aún castigado, se atrevió hasta á pasar por delante del palacio. El rumor de la gente baldía que acompañaba á los muchachos, y los descompuestos gritos de éstos, llamaron al balcon al Virey y á las personas de cuenta que le hacían la corte. Y al pasar por delante de él aquella insolente y desarrapada pillería, hizo acciones tan soeces y ademanos tan deshonestos (3), que obligaron al Duque y á los suyos á retirarse, lo que produjo una insultante carcajada de la muchedumbre. Ni aún este aviso, á que no debía haber dado lugar, y de que tan lastimado debió quedar su amor propio, despertó al Virey de su inexplicable letargo. Pues como algunos le manifestasen que pedía un pronto castigo tal desacato, contestó impasible «que no merecía sino desprecio aquella chabacana muchachada».

Continuaba Masanielo sus paseos por la ciudad con la misma algaraza y sin estorbo, y pasando solo una tarde de vuelta de ellos por el atrio de la iglesia del Carmen, dos hombres retraídos en él, y que hablaban con reserva entre sí, lo pararon y le preguntaron con desprecio: ¡Qué quieres hacer tú? A lo que contestó con firmeza: *Ser ahorcado ó dar abundancia á la ciudad*. Rieronse de su respuesta, exclamando: ¡Buen sujeto para arreglar á Nápoles! Y el maneo repuso con energía: *Si tuviera tres ó cuatro de tanto corazon como yo, y que de veras me ayudaran, verías lo que soy capaz de hacer en bien del pueblo*. El tono solemne y decidido con que pronunció estas palabras fué de un efecto mágico, pues hicieron impresion tan fuerte en aquellos dos hombres, sin duda ya bien dispuestos, que llamándole aparte le juraron seguirle en cualquier empresa, por ardua y arriesgada que fuese (4). Eran estos Domingo Perrone, fugado de la cárcel, antiguo capitán de *utina*, y después famoso contrabandista, que vestía sotana para sustraerse, como se hacía en aquel tiempo, de la jurisdicción civil; y José Palmbo, antiguo capitán de bandidos, después cabo de esbirros, y varias veces preso y encansado por malas fechorías: ambos audaces, promovedores de alborotos y muy acreditados con el populacho. Su ayuda y consejos fueron muy importantes para Masanielo, y aún mucho más los de un tal Julio Genovino, preso entonces en la cárcel de la Vicaría, y de quien haremos muy á menudo mencion en esta historia, por lo que necesario es hablar de sus antecedentes. Había sido electo del pueblo en tiempo del último duque de Osuna, contribuyendo no poco á la sospechosa populari-

(1) El caballero Scipion Volpicella.
(2) Giraffi. — Agnello della Porta, *Causa di stravaganze nel tumulto di Napoli*. MS.
(3) Comte de Modène, *Mémoires sur la révolution de Naples* de 1647.
(4) Giraffi.

dad de aquel esclarecido Virey. Y habiendo luego promovido las asonadas contra el cardenal Borja, fué encansado y remitido preso á España, donde lo condenaron por vida al presidio de Oran. De allí salió por indulto real á los diez y nueve años (5). Vuelto á Nápoles se ordenó *in sacris*, no para mudar de vida y costumbres, sino para seguir en sus malas mañas más á su salvo, amparado del carácter y hábito clerical. Este hombre astuto, revoltoso y letrado, y en quien ochenta años de edad no habían calmado el espíritu turbulento y el ansia de novedades, conoció desde luego el partido que se podía sacar de las circunstancias, y lo mucho que podía servir la audacia de Masanielo; sopló activo por todos lados el fuego que ya ardía, y dirigió sagaz al arrestado maneo, con oportunos consejos, inspirándole un odio de muerte contra la nobleza y presentándole un campo más ancho del que se ofrecía á sus estrechas miras y mequinos proyectos. De suerte que puede decirse que tuvo aún más parte que Masanielo en aquellos terribles acontecimientos, pues si el impetuoso joven les dió cuerpo con su arrojo, el taimado viejo les dió alma con su doctrina.

Todo cuanto se platicaba y se hacía era tan en público y con tan insolente desdaro, que no podía ignorarlo el aletargado Virey. Y lo sabía sin duda, pues el electo del pueblo Andrés Naclerio, su íntimo familiar, le refería cuanto pasaba. Pero temiendo que se decidiese por temor á abolir la gabela, cuyos arrendadores le tenían ganado (6), cuidaba al mismo tiempo de no dar importancia á los hechos, y de pintarlos como dignos de desprecio. Dejándose decir: que el común descontento nada valía, y que en último caso no faltaban grilletes y dogales para los revoltosos, que incantos quisieran pasar de las hablas á los hechos; con lo que el Duque repetía tranquilamente que todo lo que pasaba en Nápoles no era más que una niheria despreciable y una ridícula muestra de impotencia. ¡Ah! no sabía que los grandes trastornos suelen empezar con escenas ridículas de muchachos y acaban con escenas de tigres sangrientísimas y horrosas.

CAPITULO V.

NOTÁBASE falta de fruta en Nápoles á pesar de la abundante cosecha, porque habiendo ocurrido en el mercado una disputa entre regatones y hortelanos sobre quién debía pagar la gabela, el electo del pueblo Andrés Naclerio había sentenciado en contra de éstos, porque como forasteros era menos temible su disgusto, que el de aquellos, habitantes de la ciudad, con amigos y conexiones en el populacho. Y los ingraños de la comarca, por no sufrir el recargo, se retraían de acudir adonde no encontraban ganancia y si sólo vejaciones. Pero el día 7 de julio de 1647, que era domingo, estando la plaza henchida de gente, que se lamentaba de la escasez de su favorito alimento, llegaron de Puzzoli varios hortelanos con abundantes cargas de fruta, particularmente de higos, que exquisitos y en gran abundancia produce su territorio. Y al instante tropezaron con los guardas y con la exacción del impuesto. Resistieronla rudamente los puzzolanos, diciendo que el regatón debía pagar; retardándose así la expedición de la anhelada fruta á la inquieta muchedumbre, que ansiosa la esperaba.

Iban siendo tan vivas y pesadas las contestaciones, tan tenaces y ejecutivas las reclamaciones de los exatores, tan desasosgado el continente de la multitud, que llegando todo á noticia del Virey, mandó inmediatamente al electo Naclerio que fuese con presura á restablecer el orden, dando fin á la contienda. Llegó al mercado á toda prisa el magistrado popular, impuso con su presencia silencio, y confirmó con poco tino su sentencia anterior contra los hortelanos, amenazando además con graves penas á los que se resistiesen, y haciendo imprudentísimo é inoportuno alarde de su autoridad.

No se amilanaron los pobres rústicos, ántes bien manteniéndose firmes en no pagar la gabela, prosiguiendo tenaces la disputa, reforzándola con poderosas y sentidas razones, dispuestos en último caso á volverse á su pueblo con la mercadería. Cuando uno de ellos (cuñado de Masanielo, y sospébase que de acuerdo con él) después de acalorar con duras palabras el altercado, llamando la atención general, exclamó en altas y desaforadas voces: *Dios nos da la abundancia y el mal gobierno nos la quita. Ya que no puedo ganar nada con mi trabajo, gocen los pobres de mi hacienda, ántes que me la roben los guardas; y volando dos cofines que había traído, esparció por tierra cuantas frutas contenían. De aquí saltó la chispa que incendió los combustibles amontonados.*

Arrojáronse los muchachos á los higos y ciruelas, que por el suelo rodaban; quisieron también impedirlo los tenaces exatores; y llegando Masanielo con su cuadrilla, ayudó á recoger la desparmada fruta, exhortando á todos á que no la comie-

(5) De Santis. — Brusoni, lib. XV.
(6) De Santis.

sen, sino que la tirasen, como él empezó á hacerlo descaradamente, á los guardas y al electo Naclerio. Seguía este impertérrito amenazando con galeras y horca á los promovedores de aquel desorden; y Masanielo, cogiendo en vez de fruta una gruesa piedra, se la tiró con tan buen tino, que le dió en el pecho un fuerte golpe. Lo que y el granizo de ellas que empezó á venir de todas partes, al grito unánime de *fuera gabelas*, pusieron en fuga á los exatores y en grave peligro al electo. Pero ayudado por Antonio Barbara, capitán de justicia, y de algunos vecinos honrados, se salvó en el inmediato convento del Carmen, de donde saliendo á la marina y arrojándose despechado y confuso en un bote, logró ganar el arsenal y dirigirse á palacio á dar cuenta de todo al Virey (7).

Fugados y escondidos los exatores y desaparecido el electo, quedó el pueblo en helada inacción y en profundo silencio, como asombrado de lo que acababa de hacer. Pero Masanielo y los suyos, sin perder un instante, dieron fuga á la casilla de la gabela, con cuantos libros, asientos y dinero había en ella; y en seguida, puesto de pie sobre un banco que halló cerca, sirviéndole de dosel las llamaradas y humo del incendio, gritó el audaz pescadero con acento agudo y penetrante: ¡Viva Dios, viva la Virgen del Carmen, viva el Papa, viva el rey de España, viva la abundancia, muera el mal gobierno, fuera la gabela! Repitieronse estas voces con unánime entusiasmo, pareciendo que un solo pecho las alentaba, que una sola boca las profería; y agitóse terrible aquella masa compacta de vivientes, que cada instante crecía con las turbas, que como torrentes despeñados, desembocaban por todas las avenidas; y pues corrió rápidamente por toda la ciudad la noticia de lo que ocurría en el mercado. Y apoderándose los alborotadores de la torre de la iglesia del Carmen, anunciaron con las campanas á vuelo, que había nacido la sublevación.

Ya venía estrecha aquella anchurosa plaza á la apiñada y confusa muchedumbre, que aunque sin plan, sin dirección y sin cabeza, conoció por instinto que era necesario moverse y llevar adelante el tumulto; y varias voces, á palacio, á palacio, la pusieron en movimiento, aumentando la confusión. Rota la masa, tomaron por distintas calles las turbas, dirigiéndose una de ellas al arrabal de Chiaja para quemar, como lo hicieron, otra casilla de la gabela que estaba allí establecida. Verificado lo cual, por consejo de algunos que conocían la necesidad de un jefe que regularizara el movimiento, acudieron allí al palacio de D. Tiberio Caffari, príncipe de Bisignano, maestro de campo general, y sujeto muy bien quisto del pueblo, para que se pusiese á su frente y solicitara del Virey, en nombre de todos, la abolición del impuesto.

El duque de Arcos en su palacio oía acercarse el rumor de la sublevada muchedumbre, informado ya por el electo Naclerio y por otros fugitivos del desorden ocurrido en el mercado, que tan rápidamente por toda la ciudad cundía. Y en lugar de reforzar su guardia, de avisar á los cuarteles y castillos, de poner en orden las tropas españolas y tudescas, que aunque escasísimas en número, mucho pudieran aun haber hecho, de montar á caballo con los nobles de la ciudad, pues todos decididos le hubieran seguido, porque conocían que iban al cabo á ser víctimas del alboroto, y de sostener en fin con decoro la reputación de las armas del Rey y su propia autoridad; se contentó con no hacer nada, y esperar los sucesos entre cuatro paredes, aunque no debía creer el movimiento de poca importancia, cuando á la primer noticia que de él tuvo puso en salvo á su mujer y á sus hijos en el vecino fuerte de Castelnuovo.

Perplejo estaba como no lo había estado jamás, y abatidísimo de alma y de cuerpo; pues, según refiere un autor contemporáneo (8), tomaba para restaurarse un bizcocho empapado en vino, en el momento que llegó la desbocada muchedumbre, precedida del pavoroso estruendo que va delante de una inundación. Vió entonces estupefacto, desde detrás de las vidrieras, desembocar por distintos lados en la gran plaza que tenía delante un mar alterado, que llenándola toda, dirigió sus hinchadas olas contra el palacio. Los pocos y desperdidos soldados españoles que le custodiaban, no pudieron oponer resistencia, ni aun tiempo tuvieron de intentarla; pues fueron arrollados, derramándose por vestíbulos, patios y corredores las bramadoras turbas. Y subiendo en tropel las escaleras, atropellaron á la guardia tudésca, le quitaron las alabardas, y entraron sin obstáculo en las habitaciones, cuyas cerradas puertas las hacía pronto astillas el ímpetu popular.

Ya estaban profanados los régios salones por la más inmunda pillería, cuando llegó la parte de pueblo que se había dirigido á Chiaja, trayendo al príncipe de Bisignano á su cabeza; pues aunque este buen caballero estaba postrado en cama con un acceso de gota, había montado á caballo para

(7) Giraffi. — De Santis. — Comte de Modène. — Capecelatro, MS.
(8) De Santis.

ver si podía evitar los males que a la ciudad y a la autoridad real amenazaban. Engrosóse el gentío con este refuerzo, y el príncipe, que era justamente acatado de todos por sus prendas personales, abriéndose no sin dificultad camino entre la confusión, llegó a palacio y contuvo a la canalla que lo invadía, en el momento crítico y apurado en que iba a ceder, a los golpes de sus alabardas, la puerta del gabinete donde estaba retraído el Virey, con el P. Juan de Nápoles, general de franciscanos, que gozaba opinión de santo, con el príncipe de Satriano y con otras personas de cuenta. Mucho tuvo que trabajar para que, contenido el populacho, le dejase entrar solo, como lo consiguió a fuerza de ruegos y de promesas.

Apenas lo vió el Duque le dijo: *Precisamente iba en este momento a enviar por vos; y le atajó el príncipe con viveza: Pues, señor, ya estoy aquí a rogar por Dios a V. E. que alivie sin demora al pueblo de la gabela, para que vuelva a la tranquilidad, y se eviten los desastres que nos amenazan.* El Duque, siempre perplejo y dilatorio, le respondió: *Si pudiera reunirse el consejo colateral, trataríamos de este asunto.* Y cuando el príncipe y los demás que estaban presentes iban a manifestarle que el estado de las cosas no admitía ya tales dilaciones, los amotinados que estaban fuera les ahorraron el trabajo; pues cansados de esperar, acabaron de romper la puerta, y entraron bramando de furia en el gabinete, repitiendo con grita infernal: *Fuera la gabela, fuera el mal gobierno.* Trémulo y pálido el Virey, viéndose estrechado tan de cerca, exclamó en alta y angustiada voz: *Si, hijos míos, todo se hará luego.* Palabras que el historiador contemporáneo Rafael de Torres dice le refirió Octaviano Sauli, que se halló presente, y como auténticas las pone así en castellano en su historia latina de aquellos acontecimientos.

Esta oferta del Duque y los esfuerzos del príncipe de Bisignano, y sobre todo las exhortaciones del P. Juan, a quien todos veneraban, dieron tiempo para escribir apresuradamente varias papeletas selladas y firmadas por el Virey, aboliendo el impuesto de la fruta y reduciendo a la mitad el de la harina. Y asomándose al balcon, tratando en vano de sobrepujar con su débil voz la grita general, las tiró a la muchedumbre. Esta en cuanto se impulsó de su contenido, más agitada que nunca, manifestó que ya no se contentaba con tan poco, y que quería la abolición de todas las gabelas, y pidió que bajase el Virey a la plaza para oír sus peticiones.

Mucho trabajo le costaba al duque de Arcos el hacerlo. Quiso por una puerta secreta huir a Castelnuovo, pero le dijeron que estaban levantados los puentes y calados los rastrillos. Y viéndose dentro de su propio gabinete en poder de los sublevados, persuadido por los personajes que le rodeaban y asistido de ellos, sacó fuerzas de flaqueza, y sin color en el rostro ni aliento en el corazón, bajó por una escalera excusada, y se presentó en la puerta principal del palacio. Recibió allí tremendos insultos mezclados con humildes adoraciones, pues mientras unos corrían a besarle la mano, la cabeza descubierta y doblada la rodilla, otros le amenazaban con palabras, y con indignos ademanes lo escarneaban. Estrechado por todas partes, llegó a verse apuradísimo en medio de aquella barandia, donde las palabras y los discordes gritos se confundían, imposibilitando todo concierto. Su peligro era grande, cuando logró por fortuna, aprovechando los esfuerzos de los caballeros que le rodeaban, y los de algunos de entre la turba, que aun respetaban por fuerza de costumbre su autoridad, entrar de nuevo en el palacio y cerrar la puerta. Y hallándose casualmente en un patio la carroza de uno de los de su séquito, saltó en ella con el prior de la Rocella y otros dos señores, y mandó que saliendo por una puerta lateral le condujesen pronto a la iglesia de San Luis de PP. Mínimos, que estaba enfrente. Trató en vano el cohecho de penetrar por aquella apiñada muchedumbre, que conociendo inmediatamente al Virey, estrechó la carroza de tal manera, que andaba casi sin tocar al suelo de un lado a otro, a impulso de las oleadas del gentío, como una nave sin velas ni timón, juguete de las olas en deshecha borrasca. Angustiadísimo iba el Duque, y desconcertados los que lo acompañaban, y más viendo muchas espadas y picas amenazarle de cerca, como de lejos algunos arcabuces y ballestas, y a la gente más soez, perdido todo respeto, saltar al estribo y poner las manos violentamente en su persona; llegando, según afirma un autor contemporáneo (1), hasta tirarle del bigote... Así andaba el delegado de los Reyes, así la autoridad suprema del reino!

En tan extremo conflicto echó mano el Virey de un recurso muy conocido, y rara vez puesto en práctica sin buen éxito. Empezó a tirar al pueblo puñados de monedas de oro, de las que iba provisto para la fuga; y a este medio debió su salvación. Pues si oyó algunas voces, que con noble acento resonaban: *no queremos tu oro, queremos que*

remedies nuestra miseria aboliendo injustas gabelas (2), los que de cerca apretaban la carroza, se arrojaron codiciosos a la presa, haciendo un claro, que sostuvieron valerosos los caballeros, algunas personas bien intencionadas, y unos cuantos soldados españoles que acudieron oportunamente; y abriéndose luego paso el ímpetu de los caballos, consiguió el Virey llegar a San Luis, entrar dentro y cerrar las puertas de la iglesia y del convento.

La multitud furibunda y enardecida se agolpó contra el nuevo asilo de la víctima que quería devorar, repitiendo en desaforados gritos: *¡viva el rey de España, muera el mal gobierno!* cuando un tiro de arcabuz, disparado inoportunamente desde palacio, mató a un hombre desconocido del pueblo, que se mostraba de los más inexorables. Huyeron en el primer momento los más tímidos, pero acrecentó sobremedera este incidente el furor de la masa popular. Una parte de ella acometió al palacio, se apoderó de él despezando a los españoles y tudescos que encontró al paso, y destruyó cuanto le vino a la mano, arrojando por los balcones los deshechos muebles, rotos espejos y desgarrados cortinajes. Otra quedó bramando de furor en torno al convento, para apoderarse de él a viva fuerza. Y otra, puesto el cadáver desconocido en una silla, lo llevó por los barrios bajos, gritando *¡a las armas!* y sirviendo de bandera a la ya indomable sublevación.

El cardenal Filomarino, arzobispo de Nápoles, a quien el estrepitoso rumor primero, y después los continuos avisos que recibió le advirtieron el origen y los progresos del desorden, en cuanto supo la angustiada posición del Virey, voló en su carroza a ayudarlo y a defenderlo. El respeto de que gozaba en la ciudad, tanto por sí como por su elevado ministerio sacerdotal, le abrió el paso hasta la iglesia de San Luis. Allí el pueblo, que estaba ya rompiendo las puertas de unas accesorias, donde estaban refugiadas y en la mayor angustia algunas señoras, cercó respetuosamente la carroza del prelado, rogándole con vivos clamores que arrancara pronto del tenaz Virey la abolición de los impuestos, repitiendo sus *vivas* y sus *mueras*. El Cardenal les ofreció hacerlo inmediatamente diciéndoles que a eso venía; pero que era necesario para conseguirlo que se calmasen y contuviesen; con lo que logró aquietar un momento el desorden, y entrar en el convento con la debida precaución, para que no se lanzasen tras él los más atrevidos.

El Virey, no hemos podido indagar ni sospechar la causa, no tuvo por conveniente recibirlo y aborrecer con él. Y solamente después de hacerlo esperar un rato, le envió con un gentilhomme un pliego, en que sellada y firmada de su puño estaba la abolición de la maldita gabela, y la reducción de la de harinas. No contentó mucho al Cardenal arguyendo este resultado de su visita, pero ahogando generosamente por lo crítico de las circunstancias todo resentimiento, y deseando sólo salvar al Duque de un desastre, y al pueblo napolitano de un gran crimen, salió a la calle y volvió a montar en su carroza, mostrando a la muchedumbre, con satisfactoria sonrisa y aire complacido, el papel, diciendo que iba a leerlo y publicarlo a la plaza del Mercado. Atrajose la atención general, y mandó secretamente al cohecho que tomase la calle de Toledo arriba, logrando llevarse tras de sí aquel numeroso gentío y retirarlo de San Luis, cuyos alrededores quedaron casi desiertos.

Pero a poco, aun cuando ya estaban bastante distantes, empezó a desconfiar el pueblo, reconociendo la opuesta dirección por donde se le conducía. Y exigió se le levase aquel papel, tras del que iba como encantado. Fue preciso darle gusto, y en cuanto vio que no era tan satisfactorio como creía, pues ya solicitaba, no la remisión de una parte, sino la completa abolición de todos los impuestos, abandonó la carroza del Arzobispo, y se derramó en furiosas turbas. Unas fueron a recorrer la ciudad para incendiar cuantas casillas de guardas había en ella; otras volvieron a San Luis para entrarle a viva fuerza y matar al Virey. Aquellas lograron su intento, pero estas se encontraron sin el objeto de su furor.

CAPITULO VI.

El duque de Arcos en cuanto vio lejos de la plaza a la furibunda multitud, aprovechando los momentos, saltó con ayuda de los frailes las tapias de un corral, y pasando a unas casas contiguas, fué al convento de los Angeles de PP. teatinos, en Pizzofalcone; y de allí por el barrio de Mortele, que aun estaba tranquilo, en una silla de manos llevada por soldados españoles, por no fiarse de los si-lleteros del país, se refugió en el castillo de Santelmo, situado en un cabezo que señorea la ciudad. Y lo consiguió con mucho trabajo, por ser la cuesta muy agria, y haber tenido en algunos malos pasos del camino que echar pié a tierra y andar expuesto

al sol, pues siendo muy corpulento y obeso (3), no podían con él los que lo conducían.

La fuga del Virey aumentó el furor de los sublevados. Mataron cuantos españoles y tudescos encontraron al paso, con circunstancias de ferocidad inaudita. Y apoderándose de sus armas, se derramaron por la ciudad en numerosos grupos, generalizando rápidamente la insurrección.

El príncipe de Bisignano desde que vió atropellada la persona del Virey, conociendo que nada podía remediar, y no queriendo autorizar con su presencia tanto desorden, trató de evadirse y de retirarse con disimulo; pero sospechándolo los amotinados más sagaces que le rodeaban, y que cuidaban como prenda de seguridad el que tan elevado personaje tuviese parte en aquellos excesos, lo estrecharon y vigilaron tan de cerca, que tuvo que disimular sus intenciones, y que borrar las sospechas con sus razonamientos, dejándose llevar de un lado a otro, según el impulso de la turba que lo empujaba. Llegó así por la cuarta o quinta vez al mercado, centro y foco permanente de la sublevación; y con pretexto de descansar un rato y rezar a la Virgen, entró en la iglesia del Carmen, seguido de cuanto gente cupo en ella. Allí subiéndose al púlpito y tomando el crucifijo (como refiere el contemporáneo Giraffi), empezó a exhortar a la tranquilidad y al sosiego, con muy sentidas palabras, ofreciendo que el Arzobispo, él y los demás señores de la ciudad amigos del pueblo, conseguirían del Virey cuanto fuese razonable para el bien general. No dejó de hacer efecto esta arenga en los circunstantes. Y creyendo el príncipe que haría el mismo en la muchedumbre que llenaba la plaza, salió, volvió a montar a caballo, y prosiguió sus exhortaciones. Mas fueron completamente desatendidas: más bien que calmar los ánimos, consiguieron irritarlos, pues todos gritaron que no podían ya fiarse de promesas ni de intercesiones; y más furioso que nunca se derramó el gentío, que ya pasaba de cincuenta mil hombres, a abrir las cárceles y a empezar sus particulares venganzas, habiendo también concebido ya el proyecto de apoderarse de San Lorenzo y de su torreón, depósito de armas y de artillería.

Se acercaba la noche, y los PP. teatinos y los de la compañía de Jesús, ó de motu propio ó por orden del Arzobispo, salieron de sus conventos con cruz y ciriales, dirigiéndose por distintos rumbos al mercado, y creyendo poder contribuir al restablecimiento de la tranquilidad con sus ruegos y amonestaciones. Y aunque oyeron en su tránsito insinuados insultos del populacho, y recriminaciones muy amargas aunque bien fundadas, por los muchos bienes, libres de toda contribución y gabela, que poseían, continuaron su marcha majestuosa, y llegaron, casi a un mismo tiempo unos y otros, a la plaza del Carmen. Muy estrechos se vieron en ella entre la apiñada multitud, que no les dejaba paso, y que les gritaba furibunda: *Retiraos, padres, a vuestros conventos, y pues no salís a impedir que se nos desuelle con impuestos, no salgáis ahora a estorbar que nos libertemos de ellos* (4). Con lo que temiendo, no sin causa, que pasaran más adelante los amotinados, se retiraron, deshecha la procesión, lo más pronto que pudieron.

También aquella tarde acometió una parte del populacho a San Lorenzo; pero opuso aquel punto defendido por soldados españoles tal resistencia al desordenado aunque impetuoso ataque, que se apartaron de él las turbas escarmentadas. Más afortunadas fueron en el allanamiento de las cárceles, pues lo verificaron sin oposición, inundando la ciudad de los malhechores que en ellas estaban, y que dieron nuevo pábulo a la sublevación. La única que respetaron fué la de la Vicaría, tanto por haber sido palacio de Carlos V, cuyo nombre sonaba ya mucho, cuanto por ser de jurisdicción del Arzobispo. En tanto otro pelotón de amotinados asaltó la casa de un tal Vagliano, hombre riquísimo, que era cajero del impuesto sobre las harinas; y la saquearon y desmantelaron toda, arrojando por las ventanas muebles, cuadros, tapicerías, y hasta joyas y dinero, haciendo con todo una inmensa hoguera. Y como uno de ellos intentase retirar de las llamas una moneda ó una alhajilla de ningún valor, todos le gritaron dándole sendos golpes: *que no se trataba de robar, y que sería ahorcado el que lo hiciera* (5).

Asaltaron luego las tiendas de los arneros, y se proveyeron en ellas de picas, alabardas y ballestas, y de algunos arcabuces. Y queriéndose apoderar de una en que había algunos barriles de pólvora, encontrando resistencia prendieron fuego a la casa. que voló con estrépito grande, causando la muerte de más de ochenta personas, hiriendo muchas más, y poniendo en nueva confusión la ciudad.

Entró la noche, y el príncipe de Bisignano, molido de haber pasado todo el día a caballo, y desengañado completamente de que no podía de modo

(3) De Santis.

(4) Giraffi: De Santis y todos los AA. contemporáneos.

(5) Giraffi. — De Santis.

alguno dominar aquel espantoso desorden; muerto de hambre y de sed, y acrecentados con la fatiga y el disgusto los dolores de la gota, pensó en los medios de ponerse en salvo y de salir de aquel laberinto. Echó la voz entre los más razonables de aquellos furiosos, por medio de los que aun le respetaban y obedecían, de que era necesario descansar, para volver al día siguiente con más vigor a atacar el torreón de San Lorenzo, cuya ocupación era necesaria, y que era al mismo tiempo indispensable pasar la noche con orden, y en tal disposición que no pudiera ser el pueblo sorprendido; que convenia pues dividirse en varios cuerpos que ocuparan las plazas principales, donde mientras unos tomasen alimento y durmiesen, los otros estuvieran alerta y vigilantes. Cundieron estas especies con rapidez por las turbas, ya hambrientas y cansadas, por lo que las juzgaron razonables, y se prestaron a ponerlas en práctica. El príncipe se apresuró a dar como pudo órdenes e instrucciones, dividió las masas, envió cada una, aunque sin orden ni concierto, a distintos puntos, y se quedó con una pequeña reserva compuesta de sus parciales; y cuando se vió menos vigilado, se separó con cautela y logró alejarse y entrar en Castelnuovo.

También el duque de Arcos, amparado de las tinieblas de la noche, mudó de asilo, pues aunque el castillo de Santelmo es de suyo fuerte, y ocupa una ventajosísima posición, dominando la ciudad, y aunque estaba encargado de su mando y defensa D. Martín Galiano, el famoso en Lombardia por su heroica defensa de Valenza del Pó, estaba tan desprovisto que apenas tenía víveres para tres días, y municiones para algunas horas de resistencia: por lo que determinó el Virey trasladarse con su séquito a Castelnuovo, también mejor situado por estar en la marina. Y así lo verificó, tomando las más oportunas medidas para la seguridad de su tránsito, y cuidando antes de proveer a las necesidades del castillo, por medio de los PP. cartujos, que estaban inmediatos, y que se encargaron, como lo hicieron diestramente, de introducir en él municiones y vituallas, ayudando generosamente al socorro D. Pedro Caraffa con dinero propio.

A media noche salió de Santelmo el Virey con los del consejo, varios nobles napolitanos, empleados, magistrados, y una numerosa escolta de soldados españoles. Pero antes dejó convenidas con el gobernador ciertas señas, para avisarle cómo y cuándo debía romper el fuego sobre la ciudad en caso necesario; y envió también con la debida cautela algunos de sus confidentes a ella para avisar a los almacenistas, que mojaran é inutilizaran cuanto pólvora hubiese en los almacenes (1). Llegó felizmente y sin obstáculo a Castelnuovo, cuyo gobernador, D. Nicolás de Vargas Machuca, no había perdido tiempo en abastecerlo de lo necesario, y en acrecentar con oportunos reparos sus obras de defensa. Allí encontró el Duque a su familia, que le esperaba con ansiedad, a muchos señores napolitanos, entre ellos al fatigado y desfallecido príncipe de Bisignano, a la mayor parte de los altos empleados públicos, y gran número de personas comprometidas.

La noche avanzaba, y ofrecía la extensa Nápoles un aspecto espantoso. Dividido el inmenso pueblo, ya casi completamente armado, en distintas masas sin concierto ni caudillo, ocupaba las plazas principales. Gruesos grupos, con presunción de patrullas, recorrían las calles en desorden. Confusos pelotones, con apariencia de grandes guardias, se establecieron avanzados a observar los castillos, las marinas y las puertas de la ciudad. En todas partes resonaban de cuando en cuando gritos furibundos, vivas y mueras. En todas circulaban mil ideas absurdas y contradictorias, mil falsas noticias, mil proyectos para el nuevo día. Pero en ninguna se ocurrió el pensamiento, ni se pronunció una sola palabra de independencia, de nacionalidad, de cambio de dominación, haciéndose de continuo en todas respetuoso alarde de amor, de sumisión, de fidelidad al rey de España; no habiendo un solo individuo en tan innumerable gentío amotinado, que se creyese rebelde. Ya el resplandor de un incendio se alzaba entre los altos edificios; ya se oía un tiro de arcabuz, que no se sabía quién lo había disparado ni a quién iba dirigido; ya un terror pánico se apoderaba de un grupo, que huía despavorido, poniendo todo un barrio en consternación; y en medio de tan espantoso y confuso desorden, cruzaban buscando un asilo a favor de las tinieblas trémulos y disfrazados los nobles y los pudientes, ya solos, ya con sus aterradas familias, abandonando sus casas, sus comodidades y sus riquezas. Unos se acogían al arribo de los castillos, otros lograban a fuerza de oro embarcarse en los botes y lanchas de Santa Lucía y de las playas de Chiaja y de la Mergelina, y algunos se alejaban por tierra de la ciudad, para esconderse en los bosques ó para refugiarse en las alquerías.

En la plaza del Mercado duraba permanente el foco y centro de la sublevación, ocupada siempre por inmenso gentío. Y allí estaba con su séquito

(1) De Santis.

Masanielo, sin haber aún ejercido autoridad ninguna en las turbas, ni dádole dirección, aunque con una actividad prodigiosa y con una audacia satánica, había tomado parte en los más importantes acontecimientos del día. Llegaron cerca de la media noche a aquel sitio cuatro enmascarados, de muchos que, con los sayos y capuces de las cofradías, se habían mostrado en todas partes, acalorando la sedición. Y levantándose uno de ellos el antifaz mostró a la luz de la luna y al resplandor de las hogueras, ser el octogenario Julio Genovino, que llamando la atención general, dirigió una larga y bien escuchada arenga a la muchedumbre que lo rodeaba. Aplaudió mucho el que el grito general del pueblo fuese el de viva el rey de España, y muera el mal gobierno. *Porque no se trata (dijo) de quitarle la corona y la soberanía de Nápoles, sino solamente de poner remedio a la injusticia y rapacidad de sus ministros y delegados.* Y exhortando vehementemente a su auditorio a no soltar las armas hasta conseguirlo, y atizando el odio contra la nobleza, a quien culpaba de todas las miserias del país, y apuntando diestramente la necesidad de igualarla con el pueblo en los *sediles* de la ciudad, concluyó su discurso asaz elocuente, manifestando la urgencia de una cabeza y supremo jefe que regularizase los esfuerzos de todos, y dirigiera la sublevación para que fueran felices y seguros los resultados (2).

Mucho efecto hicieron las palabras del sagaz anciano, pues ya se había conocido por instinto en la muchedumbre la necesidad de un caudillo que denodado caudillo que la capitaneara; y Palumbo y Perrone y otros de los que más influjo lograban en el populacho, de acuerdo con Genovino, empezaron a esparcir el nombre de Masanielo, conociendo su audacia y al mismo tiempo lo fácil que les sería dominar por su incapacidad.

La especie cundió favorablemente y con rapidez por la ciudad toda, en el oportuno momento en que se extendió por ella la noticia de la fuga del príncipe de Bisignano y de la traslación del Virey a Castelnuovo; y conmoviéndose nuevamente los ánimos, y volviéndose a poner en desordenado movimiento las turbas, y tocando a vuelo las campanas del Carmen y de otras torres, que estaban en poder de los sublevados, y recorriendo varios grupos las calles con hachones encendidos y creciendo por puntos la grita, el desorden, la confusión, fué aclamado Masanielo supremo jefe y única cabeza del pueblo amotinado.

CAPITULO VII

Mientras en la plaza pública, al aire libre, bajo la bóveda inmensa de la noche, se consolidaba la sublevación, en las lóbregas estancias de Castelnuovo se discurría sobre el modo de sujetarla y desahacerla: no con medios violentos y decisivos, ya imposibles; no con las armas, escasas en número, y sin combate ya vencidas y desairadas, sino con la astucia y con manejos ocultos, aprovechando con destreza los desaciertos, y poniendo en lucha y contradicción las pasiones y varios deseos de los amotinados. Y se resolvió emplear en estos medios el tacto, la actividad, la decisión que debieran haberse empleado con más justicia en no provocar el conflicto, con más nobleza en haberlo impedido, cuando sus primeros síntomas se manifestaron.

Propúsose pues el Virey recobrar con paciencia y sagacidad cuanto había perdido con su imprevisión, y con su terquedad y con su indolencia; y conservar a toda costa la autoridad de derecho, ya que la de hecho le había sido tan fácilmente arrebatada. Para conseguirlo, se decidió a poner todo su conato en procurar que el pueblo continuase de cualquier modo dirigiéndole peticiones, aunque fuesen las más descabelladas, porque eran siempre un reconocimiento tácito, y un acto positivo de dependencia; y a aprobar con su autorización oficial los nombramientos que hiciesen, y cuantas disposiciones de gobierno, buenas ó malas, tomasen los sublevados, para aparecer siempre como la cabeza y jefe supremo del reino. Decidido así a esperar los sucesos en la inacción, y a aprovecharse de ellos con habilidad, determinó valerse oportunamente de la influencia del cardenal Filomarino, que no podía ser favorable a la nobleza; y servirse de esta de tal modo, que si no le podía ser útil para sus planes, se hiciese sospechosa al pueblo; para imposibilitar una avenencia temible, que pudiera muy bien convertir el motín en rebelión de muy graves y trascendentes resultados.

Avinole bien al duque de Arcos, para llevar a cabo sus proyectos, el encontrarse en Castelnuovo gran número de señores y caballeros, que temerosos del furor popular se habían allí refugiado, y que con celo y lealtad le servirían; con la mayor parte de los capitalistas y hombres acaudalados de la ciudad, que temiendo persecuciones y despojos, sólo anhelaban el restablecimiento del orden; con empleados públicos de todas categorías, que le

(2) De Santis. — Agnello della Porta, MS. — Giraffi. — Baldacchini.

ayudasen; y con el consejo colateral, para dar más sólida legalidad a sus disposiciones.

Como varias veces hemos hecho ya mención, y continuáremos haciéndola en esta historia, de tan importante corporación, nos parece del caso decir algo de su forma y atribuciones. Compónase pues el consejo colateral de los vireyes de Nápoles de cuatro magistrados, dos españoles y dos napolitanos, bajo la presidencia de un regente; y aunque entraban también en él algunos caballeros españoles y del país, que no usando toga, se llamaban consejeros de capa corta, los licenciados, como siempre acontece, extendieron sagazmente su preponderancia, hasta invalidar la influencia de estos compañeros legos, quedándose de hecho solos y exclusivamente dueños de las deliberaciones, y por consiguiente del poder. Fué creado este consejo por el suspicaz D. Fernando el Católico, cuando concibió tan infundados recelos de las nobles y leales intenciones del Gran Capitán; y quiso con él poner coto, sin deprimirla, a la autoridad de los vireyes. Estaban estos obligados a consultar al consejo colateral en todos los asuntos graves, pero no a seguir siempre su dictamen; mas en las disposiciones que debían tener fuerza de ley, se necesitaba su consentimiento y su refrendo, siendo en todos casos un alivio grande de responsabilidad personal. En las difíciles circunstancias en que se había colocado el duque de Arcos, y para la ejecución del plan que se proponía, ya se deja conocer cuánto le importaba la asistencia de tal corporación.

También encontró en el castillo al duque de Maddalona, señor de ilustre prosapia y de pingüe y antiguo estado, pero de desordenada vida y desarregladas costumbres; que estaba allí preso hacia algunos días por la abierta y desvergonzada protección que daba a los forajidos del campo y a los malhechores de la ciudad. Y según el conde de Módena, a quien seguiremos más de cerca en la segunda parte de esta historia, por sospechas de que había contribuido al incendio de la nao capitana, que referimos en su lugar: cargo que nos parece poquísimo fundado, cuando ni aun siquiera lo insinúan los otros escritores contemporáneos y nacionales, que hablan largamente de este personaje. Parecióle al Virey hombre utilísimo en aquellas circunstancias, para cooperar a sus planes, aunque dudaba de su buena fe. Entrando en conferencia con él, y después de tantearlo muy a su sabor y de asegurarse de que por falta de medios era incapaz de trabajar por cuenta propia, lo juzgó buen hallazgo; y determinó servirle de él en ocasión oportuna, poniendo en juego las relaciones que le ligaban con Perrone y Palumbo, como protector de sus fechorías, y la intimidad con que trataba a Genovino, el más temible y astuto y de cabeza verdaderamente revolucionaria de todos los revoltosos.

En meditar estos planes, y en dar los primeros pasos para llevarlos a efecto, pasó el duque de Arcos la noche, siempre con el oído atento a los rumores de la ciudad. Mas deseando al mismo tiempo no perder del todo la posesión de ella, envió alguna tropa española y alemana a desembarazar las inmediaciones del castillo; a ocupar el palacio abandonado, que estaba y está unido a la fortaleza por un puente; a asegurar las avenidas con fosos y reparos; y a establecer un puesto militar en Pizzofalcone, punto elevado y muy importante. Todo lo que consiguió sin ruido, y sin tener que hostilizar al pueblo, de asiento en el mercado, y derramado por otros parajes de la ciudad en el mayor desorden (3).

Salió el nuevo sol a presenciar nuevos atentados y espantosas venganzas; y resonó por todas partes el estruendo de tambores y clarines, el ruido de las armas y los clamores de la muchedumbre, considerablemente acrecentada con los habitantes de los pueblos y caseríos de la comarca, que acudían armados con los útiles de labranza, convertidos en instrumentos de guerra, a hacer causa común con los de la capital. Y no sólo los hombres hacían ya alarde de aquel formidable aparato guerrero, sino que también las mujeres y niños, con escobas, asadores y cuchillos, y aun con alabardas y alfanjes, echando fieros y bravatas y despreciando el peligro, acrecentaban la sublevación (4).

Puestas pues con el nuevo día en movimiento las turbas populares, ya dirigidas aunque todavía no completamente por el pescadero Masanielo, recorrieron la ciudad en busca de pólvora y municiones; porque ya se habían procurado, no sólo gran número de espadas y de alabardas, sino también muchos mosquetes, arcabuces y escopetas, y siete cañones de corto calibre, que encontraron, por indicación de una criada, enterrados en el patio de la casa de un armador de naves. Acudieron a los depósitos y almacenes públicos, donde creció de todo punto su furor, hallando la pólvora mojada é inútil. Tomáronla sin embargo a fin de secarla al sol, y fueron a buscar para matarlo a un tal Baz-

(3) Giraffi.

(4) Giraffi. — De Santis.

(1) Comte de Modène.

(2) Giraffi. Donzelli. — De Santis.